

7. *El largo atardecer del caminante* (1992)

La tercera y última novela de Posse concerniente al Descubrimiento de América toma como protagonista a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien en el siglo XVI, después de haber visto naufragar todas sus expediciones, recorrió ocho mil kilómetros a pie: La Florida, Alabama, Missisipi, Luisiana y Texas. Entró a México por Sonora y llegó hasta la ciudad de México.

Las memorias del personaje histórico se encuentran en los libros titulados *Naufragios y Comentarios*. Éste es el punto de partida de esta novela escrita en un tono intimista, lo que marca un contraste con los libros anteriores, cuyo narrador se encontraba distanciado de los hechos narrados.

A diferencia de las novelas anteriores, a las que Spang llamaría antiilusionistas, *El largo atardecer del caminante* es una novela ilusionista, en la que el protagonista habla de su experiencia creando el efecto de realidad que en *Daimón* y *Los perros del Paraíso* se rompía constantemente, por lo que Menton afirma que el personaje de Posse completa lo escrito en *Naufragios* “escribiendo la verdadera historia de sus propias andanzas en La Florida y México lo mismo que en Brasil y Paraguay. Con una buena dosis de metaficción, el viejo conquistador caminante desmiente su propia crónica” (“La historia verdadera” 421).

El relato consta de cuatro partes que en realidad podrían ser una sola. Hay un presente narrativo e hilo conductor de la trama llevado por la escritura de un diario en el que el personaje hace un constante cotejo de su presente y de su pasado: por un lado escribe sus reflexiones sobre los personajes con los que

tiene relación y por otro hace un recuento de su pasado en América, añadiendo nuevos datos que complementan sus antiguas memorias.

Cabe señalar que en la lista de personajes que el narrador menciona se encuentran figuras históricas como Fernández de Oviedo, intertextuales como el Marqués de Bradomín y ficticios, como Lucinda.

El Marqués de Bradomín, protagonista de las *Sonatas* del escritor español Valle Inclán, es una especie de Don Juan pero feo, católico y sentimental, *alter ego* de su autor. Valle Inclán perdió un brazo en una discusión literaria con otro escritor de la época, viajó a México pensando que encontraría fortuna, pero no sucedió así y volvió a España a llevar una vida bohemia. Se ha dicho mucho sobre el lenguaje renovador de Valle Inclán, y de su maestría en el uso de la ironía; creó el esperpento, género literario que consiste en la construcción paródica del héroe. También incursionó en la novela histórica con *El ruedo Ibérico*, género que igualmente abordó con humor. La decisión de Posse de incluir a este personaje en su novela puede entenderse como un homenaje a un autor que en toda su obra se burló, al igual que Posse, de la sociedad española y los estereotipos creados por su literatura, como es el caso del Don Juan.

El autor también hace un homenaje a Carlos Barral y, además de dedicarle la novela, dentro de ésta hace un pequeño tributo al editor catalán, que le apostó a publicar literatura latinoamericana en España, al convertirlo en el editor de Bradomín:

Festivamente, Bradomín anunció en su brindis que me dedicaría el nuevo libro. Parece que se trata de aventuras imaginarias también en

México, con tiranos terribles y condesas debidamente libidinosas. Dice que se lo editará un supuesto vizconde de Calafell, un rico señor con imprenta en Barcelona y en Florencia, un tal Barral o Berral. (53-54)

Tanto el anacronismo como la intertextualidad en esta novela se han vuelto más sutiles, marcando así un pronunciado contraste con *Daimón* y *Los perros del paraíso*, en las que estos recursos son utilizados de manera mucho más evidente. Con esto *El largo atardecer del caminante*, aunque en apariencia resulte una novela más sencilla, está más codificada que las otras dos y su sistema de correspondencias es más difícil de descifrar, tal vez sea Bradomín el único personaje anacrónico e intertextual evidente.

Este personaje de la literatura española de principios del siglo XX permite a Posse no sólo reflexiones metaliterarias sino también metahistóricas. Bradomín en *El largo atardecer del caminante* es un supuesto cronista de Indias que narra aventuras increíbles en tierras americanas, por lo que Cabeza de Vaca afirma que “lo más fascinante de la mentira literaria es la facultad para acumular detalles. La historia termina siendo más interesante que la verdad” (103).

Esto sin duda se remite a una de las características del discurso narrativo de la conquista, que es la exageración en las crónicas de los conquistadores para ensalzar sus hallazgos, razón por la cual hoy dichas crónicas son consideradas literatura más que historia, a pesar de ser el único testimonio escrito que se conserva de aquella época. Este dato no nos hace sino

reflexionar sobre la ficción en la que desde sus inicios se fincaron las sociedades latinoamericanas.

Gonzalo Fernández de Oviedo, como es sabido, fue un cronista de Indias famoso por dos libros: *Sumario de la natural historia de las Indias* e *Historia general y natural de las Indias*, ambos notables por la minucia de sus observaciones, sobre todo de las plantas, que describió y clasificó meticulosamente. También es recordado por su aversión a los indios, denunciada principalmente por Bartolomé de las Casas.

Por esta razón, resulta interesante que, cuando Posse confronta a estos dos personajes en una novela, Oviedo recrimine a Don Alvar esos seis años que en sus memorias resume en apenas dos páginas, y le haga ver que *Naufragios* y *Comentarios* vale más por lo que omite que por lo que escribe.

Para Alvar, Oviedo, que “escribe catorce horas al día”, es el verdadero conquistador de las Indias, ya que los que escriben la historia son los que deciden lo que pasó:

Para bien o para mal, la única realidad que queda es la de la historia escrita. El mismo Rey termina por creer lo que dice el historiador en vez de lo que le cuenta quien conquistó el mundo a punta de espada.

Todo termina en un libro o en un olvido. (33)

Esta última frase pertenece a Borges, para este autor argentino la literatura es un gran palimpsesto, al menos así lo dice el narrador de su cuento “Pierre Menard autor del Quijote”. A lo largo de la novela se seguirán

encontrando correspondencias con Borges, por lo que se deja inconcluso este comentario, para retomarlo en renglones posteriores.

La memoria histórica es producto del registro de quien se da a la tarea de escribir lo que otros hicieron; los hechos son efímeros, lo único que no parece es la palabra, y quien tiene el privilegio de las letras es quien decide lo que ha de ser recordado. Posse elige permear su obra con esta sentencia: no hay verdad en la historia escrita.

Otra de las reflexiones históricas que resultan interesantes se refiere al relativo triunfo expansionista de los españoles; para Alvar sólo hay una España más grande, pero más débil, y a propósito de este comentario se inserta una de las máximas del personaje histórico anotada en sus memorias originales: “Sólo la fe cura, sólo la bondad conquista” (154).

En la primera parte de la novela el narrador se sitúa en España. Hay una presentación del personaje viejo y acabado, que ahora reflexiona sobre su pasado con la perspectiva que da la vejez. Habla de su decisión de volver a escribir ayudado por Lucinda, la bibliotecaria de origen judío por la que el protagonista siente cierta atracción. Esta voluntad de recordar se convierte en introspección, recuento de la vida, la historia de la conquista se ha convertido en la reflexión de un anciano. La relación de Cabeza de Vaca con una mujer joven acentúa el carácter decrepito del protagonista y ficcionaliza al personaje histórico al ponerlo en relación con personajes ficticios. El amor que siente Alvar por Lucinda dista mucho de las pasiones carnales que Posse les atribuye a los protagonistas de las dos novelas anteriores.

El narrador contrasta, en voz de Carlos V, a Cabeza de Vaca y Lope de Aguirre. El primero un caballero errante venido a conquistador, el segundo un demente, sin embargo, ambos de la raza de los grandes. Como ya se había mencionado, es una reiteración del autor hacer hincapié en que los protagonistas de estas tres novelas son seres extraordinarios, lo que no deja de darle una dimensión épica de rasgos muy peculiares a sus relatos.

El largo atardecer del caminante es también, como podrá verse más adelante, un complemento de *Naufragios y Comentarios*, y aunque es difícil encontrar fragmentos idénticos, sí se puede hablar de una estrecha intertextualidad, de una fusión muy bien lograda entre los personajes y los hechos reales y los ficticios. Esto se logra gracias a la perspectiva del narrador, quien desde su vejez acude a la poderosa arma de la memoria mediante el acto de escribir. Eso es lo que hace el personaje durante toda la novela: escribir de su pasado y su presente; la intimidad de la pluma permite al narrador el uso del tono confesional:

No puedo decirle las cosas a Lucinda tal como las confío a la pluma en estos días largos y sosegados de mi caminata por el papel. Pero ella me obliga a recordar más o menos ordenadamente, siguiendo la letra de lo que ya escribí en los *Naufragios* [...] Los *otros* nos obligan más bien al silencio. La verdad exige la soledad y la discreción para no ir a parar a la hoguera.

Estamos tan fuera del hombre que toda verdad íntima y auténtica se transforma en un hecho penal. (65-66)

Entre la ironía y el temor, el narrador va tejiendo sus memorias bajo la sombra de la Santa Inquisición, de la que no ignora su presencia y amenaza, con esto remarca constantemente la cultura de miedo y castigo que ha impuesto el cristianismo.

Cabeza de Vaca es uno de los exploradores del Nuevo Mundo que se vuelven vulnerables ante los nativos. Náufrago, sin ninguna forma de defensa, queda ante los indios sin comprender su lenguaje ni sus costumbres en una tierra hostil y desconocida; él y los cuatro sobrevivientes de su tripulación quedan a su merced. Éstos son algunos de los datos del diario de Alvar Núñez que Posse retoma para su novela:

Nos repartieron ya más como esclavos que como hombres. Quedaba olvidada toda ilusión sobre la divinidad que nos habían atribuido. No éramos ni semidioses, ni cuasidioses. Éramos apenas humanoides indigentes, desconfiados y poco útiles para los trabajos de la intemperie. (77)

En esta novela Posse incide nuevamente en la postura romántica de idealizar a los nativos americanos para acentuar la insensibilidad europea, aspecto que, repito, considero eurocentrista, además de lugar común:

Para ellos lo importante son las danzas sagradas, la fiesta, sus areítos interminablemente sensuales. Beben licor de raíces y de extrañas bayas y setas que les producen una ebriedad que se relaciona más con el rito y su fe que con la alegría simple de los borrachos catalanes o vascos. (80)

A pesar de esto, hay que aclarar que en *El largo atardecer del caminante* Posse va más allá y si bien idealiza a los nativos durante la caminata de Cabeza de Vaca, posteriormente condena a los indígenas paraguayos corrompidos por el sistema monárquico español al que los caciques indios le encontraron varias ventajas.

Cuando Alvar empieza a relacionarse con los nativos, habla de la cautela con la que tiene que desenvolverse. Quiere compartir sus conocimientos, pero teme ser tomado como un ser sobrenatural; esto lo lleva a reflexiones de carácter existencialista:

De alguna manera uno siempre está amenazado. Sea por la Inquisición, por los dominicos de España, por estos chamanes emplumados, o por el poder rencoroso de los alguaciles del emperador Carlos Quinto. El canibalismo debe ser una enfermedad mundial. (87)

Uno de los pasajes más importantes de la novela y con mayor grado de ficcionalización es la reconstrucción de los seis años que *Naufragios* resume en unas cuantas páginas. El personaje se queda a vivir en una comunidad en la que se le concede una esposa, Amaría, con la que tiene un hijo, Amadís y una hija, Nube.

Esta parte de la narración contradice una de las afirmaciones de Todorov respecto al personaje histórico y confirma la ficcionalidad del relato de Posse, debido que el autor de *La conquista de América* sostiene que Cabeza de Vaca avanza en el camino de la identificación con el otro, incluso usa sus vestimentas

y aprende sus oficios, pero no lo imagina “a la cabeza de ejércitos indios contra los españoles, ni tampoco casado y con hijos mestizos” (210).

La relación entre Don Alvar y Amaría es descrita como un amor genuino, libre de la violencia con que otros conquistadores tomaron a las mujeres americanas, Alvar y Amaría forman una pareja armónica y una familia feliz, muy distante de esas relaciones tortuosas como la de Colón con Beatriz Bobadilla y la de Lope de Aguirre con Sor Ángela. La forma en que describe su “matrimonio” con Amaría nuevamente marca el contraste entre dos culturas:

Nosotros, los cristianos, más bien caemos sobre el otro cuerpo poseídos por el deseo, que es un perro rabioso [...] Salvo las putas, nuestras mujeres se sienten pecadoras, incluso mediante el sacramento.

Amaría envolvió mi asalto con dulzura. Todo fue diferente. Ellos no ven nada malo en el cuerpo. No ocultan sus partes. Las acarician y les hablan con palabras dulces, susurradas. En su barbarie no pueden imaginar la presencia del pecado. Se demoran en una larga ciencia de los sentidos volcados a gozar la mayor sensualidad. (96)

En *Naufragios* no hay ningún registro de que Cabeza de Vaca haya tenido relación con alguna mujer y mucho menos que haya tenido hijos. Esto se debe a la imagen de Padre Espiritual que quiere dejar Alvar Núñez en su obra: “será a través de la purificación y por medio de trabajos y sufrimientos lo que le llevará a un nivel moral superior” (Maura 116). En la novela, después de que el narrador acepta este episodio de su vida, se siente liberado. Éste es un episodio que

confirma lo dicho con anterioridad acerca de que *El largo atardecer del caminante* es un complemento de *Naufragios*:

Nunca fui libre como Cortés y tantos otros en esto. Me dicen que los pérfidos britanos y los holandeses tienen como la peor vergüenza confesar amores con indias y otras nativas. Son piratas y asesinos, pero tienen la delicadeza de no reconocer hijos de otra raza. En este mal sentido he sido más británico que buen español, esto es, cristiano. No he sido como Cortés no como Irala o Pizarro. Mi orgullo me jugó una mala pasada en esto. (99)

No se debe olvidar el tono confesional de este relato, en el que reiteradamente el narrador aclara que se está frente al manuscrito de un hombre que después de alcanzar grandes glorias está a punto de morir en el olvido; por esta razón confiesa su relación con Amaría y estas aclaraciones ponen al lector frente a un metarrelato, característica de la nueva novela histórica hispanoamericana y constante en la trilogía de Posse, aunque cabe repetir que en esta novela el uso de este recurso se hace con disimulo, se evita el distanciamiento tajante con el lector y se prefiere una cierta complicidad con él: “quería llegar a este punto y saber que alguien, alguna vez, al descubrir el manuscrito, me liberará de algún modo del tremendo peso de haber muerto sin confesar mi felicidad, mi amor por mi familia india” (98).

Con este tipo de confesiones puede deducirse la conversión del Caminante, ese ser que ya no es español y que tampoco es indio: el mestizaje

cultural en que han insistido, no sólo Posse, sino Todorov, Rama, Pastor, Cornejo Polar y otros autores.

El narrador alude a *Naufragios* insistiendo siempre en las lagunas de ese viejo documento y trata de llenar esos espacios que dejó vacíos, sobre todo por miedo a la Inquisición. Entre esos datos se encuentra la experimentación del personaje con la brujería, que en las memorias de Alvar Núñez se narra, sin embargo, no tan escuetamente como afirma el narrador; incluso habla de la resurrección de un muerto. En *El largo atardecer del caminante*, Cabeza de Vaca incursiona en la brujería inducido por Dulján, cacique de la comunidad en la que vivió y formó su familia:

–Tú estás lleno de poderes atados –e hizo con las manos un gesto como quien tiene un ovillo de pescador enredado. – Los poderes se te ven en la mirada y tú los tienes. Si los poderes no se desarrollan, te puedes volver loco o asesino, mal hombre... Uno pasa a ser enviado de los demonios, de las fuerzas malas. (107)

Los demonios, el espíritu del mal, son constantes en la narrativa de Posse y se encuentran presentes en las tres novelas analizadas. Normalmente, equiparando a Occidente con el infierno y a América con el Paraíso Terrenal, para Posse el infierno no es más que la capacidad de destrucción del hombre occidental. De esto se desprende también la crítica a toda la idiosincracia católica y al imperialismo:

Negáis vuestro propio dios, blanco, y esto es muy escandaloso. Avasalláis los hombres, los árboles, los bosques. No respetáis las

hembras fecundadas. A vuestras propias plantas les imponéis el rigor de la esclavitud, siempre en tristes filas, no como las dispuso milagrosamente el señor Dador de la Vida... Blanco, sabemos que desaparecemos, como decían las profecías, pero sabemos que vosotros no sois los dioses, es una pena... Ahora seremos viento en el viento. Nos habéis aliviado de la ilusión, ahora nos podemos ir porque este Sol ya no se encenderá ni con la sangre de todos los hombres y animales de la tierra... Ahora sabemos que os buscáis a vosotros mismos en cada puñalada que nos dais. Sabemos que no veníais traídos por vuestro dios, sino más bien huyendo de vuestros propios demonios. (132)

La idealización de los americanos y su armónica relación con la naturaleza llevan al autor a denunciar la esclavitud de las plantas dispuestas en “tristes filas”, como si en América no se hubiera desarrollado la agricultura y sus habitantes se limitaran sólo a recoger los frutos que se daban de forma espontánea. Como ejemplo de la falsedad de esta información están las yungas peruanas y bolivianas, que son terrazas hechas en las montañas para el cultivo de la hoja de coca, cuyo uso data desde antes de la llegada de los españoles. Con esto puede verse que no sólo se ficcionaliza al personaje histórico, también el contexto en el que se desarrolla la trama, al atribuirles a los indios, de manera deliberada, conductas ficticias.

Tal pareciera que el europeo lo único que hace es destruir, en una terrible ignorancia acaba con todo sin ninguna conciencia. La crítica a la cultura de

Occidente es contundente. No se encuentra en estas novelas un rasgo de humanidad en los españoles, ni de beneficio para los americanos con su llegada. Pareciera entonces que la diversidad de discursos convergen siempre en lo mismo, a pesar de que existan ambos puntos de vista, el del vencedor y el del vencido, y de que el protagonista sea un defensor de los indios. Aunque también se encuentren en los nativos algunos (muy pocos) rasgos negativos, la tendencia es dejar en evidencia el salvajismo de los conquistadores como paradoja de la civilización. Quedan también siempre en evidencia el miedo, la culpa y la poca capacidad de los invasores de armonizar con el resto de la naturaleza.

Hablando de aspectos formales, el uso del vosotros, tanto en los pronombres como en la conjugación, se utiliza para dar verosimilitud al relato; ya que a diferencia de las dos novelas anteriores, en las que el narrador tiene la perspectiva de un individuo de finales del siglo XX, en este caso la narración conserva, sobre todo en la inserción de diálogos, algunos rasgos del lenguaje del siglo XVI.

A pesar de esto, incluye en su discurso reflexiones que corresponden al mundo actual, como las cuestiones culturales que definen el comportamiento del ser humano más allá de su voluntad, tal como lo afirman filósofos y sociólogos del siglo XX:

Ahora, según he leído, a los doctores de Salamanca se les dio por hablar mucho de la palabra cultura, que antes sólo se aplicaba cuando uno hablaba de repollos o de huertas. Pues bien, creo que

hay algo que nos precede y es esa “cultura”. Sospecho que tiene que ver con el Mal, que es una esencia perversa e invisible, difuminada en nuestra forma de vivir. (183)

Aquí puede verse el uso de la ironía, al considerar que los españoles sólo aplicaban la palabra cultura a cuestiones agrícolas y, por lo tanto, de orden práctico, además del anacronismo ya que, como se dijo en el párrafo anterior, esta perspectiva acerca de la cultura pertenece a la actualidad.

También debe señalarse que Posse usa, además de un tono intimista, metáforas y analogías de gran valor poético:

Estas tierras nuevas, opacas de polvo y piedra de los desiertos, son sin embargo un espejo: el espejo de España. Un espejo como el mío, el que me tortura cada mañana mostrándome mi muerte [...] En el espejo del desierto nos hemos mirado y hemos encontrado un monstruo que se repite como la hidra de mil cabezas.(164)

Posse atribuye a Alvar Núñez gestos de sabiduría a veces exagerada, de conmovedor respeto al otro, tal es el caso de no enseñarle su lengua a Amaría, para que ella no se perdiera en una cultura distinta a la suya, para que no se convirtiera en “el otro” que ya era él, para no tener que vivir sumergida entre dos culturas: “No le enseñé palabra alguna en español, porque el idioma, el conocimiento, pervierten. Durante aquellos años, el silencio y el gesto nos comunicaron mucho más que las palabras. Y ella pudo seguir siendo ella misma, de su pueblo” (137). Cabeza de Vaca tiene hijos con su esposa india, pero no

quiso que experimentara el impacto de adquirir otra cultura, que perdiera su inocencia, ya que es más determinante el mestizaje cultural que el biológico.

A pesar de este profundo respeto y admiración por la cultura americana, Alvar sigue usando expresiones como “mundo superior” que contrapone a “salvaje”; aunque cabe mencionar que esta última palabra no la emplea con una connotación despectiva, no se puede ignorar la carga significativa que contiene. El romanticismo de las novelas anteriores aquí se lleva al límite, aunque insisto que sin abandonar la postura occidental. No deja de presentarse este mundo como exótico, paradisiaco y, en algunos momentos, perfecto.

Aunque este libro es predominantemente realista, tiene ciertos rasgos que podrían emparentarlo con el relato fantástico; tal es el caso de las descripciones de seres extraordinarios con los que el personaje se encuentra, una vez que ha abandonado la pequeña aldea en la que pasó seis años:

Es allí donde viven, cubiertos de fango fétido, los traidores y desagradables homopuevas. Hombres primigenios, seguramente anfibios, que pasan sus vidas durmiendo en el fondo de las lagunas. Dícese que emergen brevemente, movidos por el amor. No tienen cabeza. Sus ojos están en el pecho, más o menos en el lugar de las tetillas, y la boca, ancha y de finos labios femeninos, a la altura del ombligo. (145)

El narrador se refiere a los sinuosos caminos que recorrió “sin cruz” y “sin espada”, aunque se debe observar que Cabeza de Vaca no vio a estos seres, únicamente sabía que vivían en los lugares que él visitó.

Lo que sí describe como testigo presencial son las Siete Ciudades de Cibola, en especial Ahacus, lugar mítico que sólo puede verse de noche, cuyas paredes resplandecen como si fueran oro, aunque Alvar desmiente esta falsa creencia que acarreó tantas muertes durante la conquista y describe la ciudad como ritual, efímera (sólo puede verse en ciertas noches) y sublime.

También en esta caminata pudo darse cuenta de la diversidad americana, y como muestra de esta afirmación pone de ejemplo a las mujeres, cuyas descripciones no varían mucho respecto a las novelas anteriores:

En estos pueblos las mujeres hacen abluciones, hacen brillar sus dientes con piedra pómez o arena, untan sus partes secretas con bálsamos picantes o refrescantes según el rito de amor que corresponde por la fase lunar. [...] Hay también pueblos de hembras desdentadas y malolientes, que echan injurias soeces al caminante y que parecen llevar entre las piernas una amenazadora madriguera de reptiles. [...] De todo tiene esta América, y quien hable de indios y americanos en general, miente. (161)

Tal vez lo anterior sea de lo más rescatable del discurso de Posse frente a la conquista: el reconocimiento de la complejidad, de la diferencia no sólo entre españoles y americanos, sino entre los nativos de las diferentes regiones. Así, el narrador encuentra pueblos antropófagos y otros que repudian esta práctica; comunidades en donde domina el matriarcado y otras donde las mujeres son “regaladas” a los españoles en señal de bienvenida, miedo o reconciliación, como es el caso de Amaría; también distingue entre regiones

orientadas al conocimiento y la mística de otras regidas por el poder de la guerra. Porque el español no sólo se enfrentó a un mundo distinto, también avasalladoramente diverso.

No obstante la profunda comprensión que tiene el personaje de la realidad americana, a pesar de su gran admiración hacia los pueblos recién conocidos, Cabeza de Vaca no deja de ser un español, hecho que se manifiesta en su reacción al ver a Lucinda, la bibliotecaria de la que se siente enamorado, con un moro. Su reacción es ofender a la “atroz judezna” y mostrar su desprecio por un hombre de otra raza. Contrario al entendimiento total del Nuevo Mundo, su desprecio a los no católicos residentes en España se hace evidente y él mismo lo confiesa en su diario: “Soy un sexagenario con voluptuosas pretensiones. Un falso moralista, un católico irreductible” (195).

Entre las tertulias a las que asiste el protagonista, en ese presente narrativo que no siempre se hace evidente, Cabeza de Vaca convive con los intelectuales de la época, entre los que se encuentra “un poeta ciego, que más bien siempre monologaba perdido en sus imaginéras” (202). Sin duda se refiere a Borges (el nombre del personaje es Acevedo, apellido materno del escritor argentino), personaje verídico, anacrónico e intertextual, rasgos propios de la Nueva Novela Histórica.

En las últimas páginas la novela trata dos temas que varían respecto al resto del discurso: en primer lugar el enfrentamiento con la corrupción al ser enviado como gobernador al Río de la Plata y, en segundo lugar, ya en el presente narrativo, con la llegada a la Península de su hijo Amadís en calidad de

esclavo. Ambas anécdotas están relacionadas con el mestizaje. Como gobernador, Cabeza de Vaca tiene que luchar con un sistema corrupto sin ninguna voluntad de redención:

había todo un pueblo mestizo, innoble, un pueblo de raza quebrada.

Los niños corrían en bandada entre el caserío, las violadas amaban a los violadores, los caciques consentían. Se formaba una nueva vida.

Ninguno pensaba en España ni en los valores de su Fe. (231)

Hay una reiteración también de los valores de la Fe verdadera, la moral, algo que, insiste, los españoles han perdido. Desde luego esto lleva un doble mensaje: por un lado hay una fuerte crítica a la cultura judeo-cristiana, pero por otro hay una exacerbación de la fe y los principios morales entendidos de la manera más justa, con lo que no se niega a Dios y su doctrina, sólo se culpa al hombre que todo lo corrompe.

En menos de dos años, Cabeza de Vaca es destituido y vuelto a España acusado de conspiración, “porque en un imperio que nace, la libertad y la justicia son siempre planes para el futuro” (234). Esta sentencia equipara todo el episodio con el presente. En América Latina ese futuro de libertad y justicia aún es sólo una promesa; los gobiernos siguen siendo corruptos y siguen sirviendo a intereses extranjeros; los intentos de reformar este sistema, ya sea desde dentro o desde fuera, han sido acallados, y como ejemplo está el asesinato del presidente chileno Salvador Allende; además de los muchos ejemplos de movilizaciones civiles y guerrilleras que han sido reprimidas en todo el continente.

Sin duda el momento más entrañable de la novela es la llegada a España de Amadís, hijo de Don Alvar, en una jaula y enfermo; y la lucha del padre por su liberación. Amadís cuenta cómo fue la muerte de Amaría y el destino mítico de su hermana Nube, quien se convierte en guerrera y se salva de los españoles al salir huyendo de su aldea en uno de los caballos de los invasores. Desde luego que este último episodio es el más ficcionalizado y le proporciona a la novela un final más que humano, melodramático, donde se deja ver también lo trágico que puede resultar el mestizaje, dando como resultado una “raza quebrada”, sin ningún tipo de arraigo, perdida entre dos culturas que no acaban de aceptarse, ni de sincretizarse, ni anularse una a la otra.

Tal como lo dice Beatriz Pastor, Alvar Núñez Cabeza de Vaca convierte su derrota en una victoria al presentar al Rey Carlos V sus andanzas como las de un cristiano ejemplar, defensor de los indios, sanador de enfermos y casi mártir de la fe. De esta forma, Cabeza de Vaca se autoficcionaliza creando a partir de su persona un personaje literario, mismo que Posse retoma y exagera a partir de las cualidades que él mismo se atribuyó en *Naufragios*.

Para Andrés Rivero *El largo atardecer del caminante*, además de sustentarse en la obra de Cabeza de Vaca, también tiene una estrecha relación con “El informe de Brodie” de Jorge Luis Borges, en el que David Brodie, un misionero escocés, hace un detallado informe de los yahoos, una primitiva tribu, no se sabe con exactitud si africana o sudamericana, con una perspectiva antropológica que se emparenta con la novela de Posse por la reflexión que

hace un europeo “civilizado” sobre nativos supuestamente salvajes. Hay en ambos relatos el reconocimiento del otro y la aceptación de un mundo distinto.

A pesar de que considero importante esta relación, la narrativa de Posse se acerca a Borges en términos más generales, ya que en las tres novelas hay correspondencias con este autor, como es el uso de citas ficticias, y la reflexión metaliteraria y libresca, además de la disposición de personajes reales, anacrónicos y ficticios en un mismo espacio narrativo, y la erudición que muestran ambos autores.

Tal como lo dice Seymour Menton, esta novela no es totalizante ni neobarroca, como muchas de las nuevas novelas históricas; más bien se basa en la subjetividad de su protagonista y muestra la realidad de dos mundos: la América conquistada y la España amenazada por la Inquisición; y si bien el primero está íntimamente ligado con el texto original de Cabeza de Vaca, el segundo es creación del autor, a partir de lo que pudieron haber sido los últimos días del protagonista.

El largo atardecer del caminante es una novela en la que el autor avanza en su narrativa, deja el *collage* y el *pastiche* para ofrecer al lector un texto con una técnica renovada, coherente y más centrada en contar una historia que en el despliegue de recursos narrativos experimentales.